

PAISAJE Y ESPACIO PÚBLICO: UNA LECTURA DESDE AMÉRICA LATINA

Landscape and public space: a Latinamerican perspective

Julio Arroyo¹

RESUMEN

La noción de contemporaneidad se presenta como una condición necesaria pero de difícil comprensión, razón por la cual se propone tomar una posición tangencial con el fin de entender los procesos de la actualidad (el capitalismo financiero, informatización, etc.) que le dan entidad. Apelando a varios autores, se intenta hacer una reflexión sobre lo contemporáneo y sobre la manera en que las dimensiones físicas, sociales y culturales se articulan, a veces formando relaciones estructurales estables y otras, relaciones contingentes. Debido a esto, las categorías de ciudad, espacio público y paisaje son particularmente complejas, ya sea cuando se piensa o actúa con las mismas. Se concluye en la necesidad de hacer más flexibles los campos disciplinarios con el fin de analizar estas categorías con especial atención en las dislocaciones y disyunciones antes que en las regularidades y continuidades. Dislocaciones y disyunciones son, de hecho, la más clara manifestación de lo contemporáneo en la fenomenología de la ciudad. Situaciones emergentes de la Ciudad de México, São Paulo y Buenos Aires, como casos paradigmáticos de ciudades de América Latina, dan argumentos para hablar de la constitución intempestiva y paradójica de lo contemporáneo.

Palabras-clave: Contemporaneidad. Ciudad. Espacio público. Paisaje. Arquitectura.

ABSTRACT

The notion of contemporaneity is introduced as a necessary but not easy understanding concept, reason by which it is proposed to take a tangential position in order to understand the processes of the present time (financial capitalism, computerization, etc.) that give entity to it. Appealing to several authors, it is intended a reflection on the contemporary and on the way in which the physical, social and cultural dimensions are articulated, sometimes forming stable structural relationships and some other ones, contingent relations. Because of this, the categories of city, public space and landscape are particularly complex either when thinking or acting them. It is concluded on the need of making more flexible our disciplinary fields in order to analyze these categories with particular attention to the dislocations and disjunctions rather than to regularities and continuities. Dislocation and disjunctions are, in fact, the most clear manifestation of the contemporary in the phenomenology of the city. Emerging situations from Mexico City, São Paulo and Buenos Aires, as paradigmatic cases in Latin America, give arguments to talk about the untimely and paradoxical constitution of the contemporary.

Keywords: Contemporaneity. City. Public Space. Urbanscape. Architecture

¹ Profesor de Proyecto, Teoría y Crítica de la Arquitectura y la ciudad. Investigador. Editor Revista Polis y ARQUISUR Revista digital (Ediciones UNL). jarroy@fadu.unl.edu.ar.
✉ Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina. S30001XAI.



Un hombre inteligente puede odiar a su tiempo, pero entiende en cada caso pertenecerle irrevocablemente, sabe de no poder escapar a su tiempo.

¿Qué es lo contemporáneo?
(AGAMBEN, 2008)

CONTEMPORANEIDAD

El tiempo en el cual se instala esta ponencia es la contemporaneidad. Es un tiempo personalmente no deseado, ideológicamente impugnado, moralmente resistido, pero al que se pertenece **irrevocablemente**, inevitablemente.

Contemporaneidad implica una condición de existencia de individuos atrapados en su **mundo de vida**, en configuraciones materiales y morales que lo sobredeterminan en sus prácticas cotidianas. Desde las configuraciones de escala planetaria del capitalismo financiero posindustrial y las economías terciarias, los problemas ambientales y los movimientos migratorios hasta la infiltración en todos los órdenes de la vida cotidiana de las tecnologías informáticas y comunicacionales, pasando por la manipulación de la opinión por los *media* altamente concentrados, la sujeción a los consumos programados de bienes y servicios y el sometimiento constante a discursos hegemónicos, las prácticas cotidianas de los individuos tienen a homogeneizarse más allá de lugares y circunstancias. Por otra parte, la **presentización** del tiempo y el **aplanamiento** del espacio (HARVEY, 1998) que ocurre en razón de estos procesos macro, colocan a los individuos en un mundo sin escalas en el que la inmediatez del tiempo y la contigüidad del espacio produce una experiencia de vida sin gradientes escalares. Los individuos urbanos (incluyendo de manera transversal a todos los

que habitan la ciudad, reconociendo diferencias de grado pero no de modo entre distintos sectores socio-económicos de la sociedad urbana), experimentan efectivamente la ubicuidad, es decir, sus prácticas transcurren en distintos mundos – actuales o virtuales – simultáneamente, constituyéndose como sujetos errantes entre gentes, lugares, culturas y motivos diversos que se hacen presentes en la experiencia en una co-presencia sin jerarquías.

Las determinaciones históricas en las que se encuadra el concepto de contemporaneidad quedan, entonces, subsumidas en la experiencia de una cotidianeidad intensa y densa de la vida en la ciudad. La ciudad se presenta entonces como un emplasto de reclamos y solicitudes, impulsos y estímulos, oferta de interpelaciones que saturan sus sentidos, entorpecen la comprensión y dificultan toda acción emancipadora.

“**Todos los tiempos son, para quien lleva a cabo la contemporaneidad, oscuros**”, dice Agamben (2008, p. 1), y se pregunta cómo ser contemporáneo en un medio – nuestras ciudades – que engece a los sujetos con sus estímulos al consumo, su disciplinamiento, control, etc. Puesto que la contemporaneidad no es una cuestión de mera sincronía, respecto de la cual los habitantes de la ciudad serían sujetos pasivos de un tiempo que transcurre, sino una habilidad para consumir el extraño proceso de la **visión en la oscuridad**, el individuo alerta debe **llevar a cabo la contemporaneidad**, es decir, debe construir desde el tiempo actual – el fáctico, el de todos los días – una comprensión de la contemporaneidad de manera activa. Agamben continúa diciendo que la oscuridad es una forma de ver antes que la mera ausencia de luz, “[...] es una actividad que implica una habilidad particular [...] que equivale a neutralizar las luces que vienen de la época para descubrir su tiniebla, [...] que no es, de todos modos, separable de aquellas luces” (AGAMBEN, 2008, p. 1).

Cómo llevar a cabo la tarea de comprender el tiempo actual, es decir, cómo ver en la oscuridad, cómo hallar el lugar de **las tinieblas** para elaborar una comprensión de la contemporaneidad, es la motivación básica de lo que sigue.

LATINOAMERICANO

Se propone comprender a **Latinoamérica** como un espacio desde **donde llevar a cabo** la contemporaneidad dejando en suspenso su definición fundada en un determinismo histórico-geográfico, según el cual se define como un espacio con identidad propia. Ello no significa ignorar la historia común, la dos grandes lenguas compartidas, la razón de los procesos sociopolíticos, económicos y culturales particulares de sus países, su naturaleza infinita y el hecho de haber sido el **laboratorio** de ensayo de proyectos concebidos en Europa, pero no realizados allá (FERNANDEZ, 1998). Todo ello es indicativo de la especificidad caracterológica de lo latinoamericano e, incluso, de su esencia, lo cual asignaría a esta porción del mundo una ontología propia y, consecuentemente, una teleología común.

De un modo diferente es posible observar ya no las regularidades y correspondencias con esa visión esencialista para prestar mayor atención a los modos particulares según los cuales las macro-determinaciones del presente (capitalismo transnacional financiero, posfordismo, mediatización, etc.), generan situaciones contingentes en la escala local. El ingente flujo de bienes materiales y de mensajes culturales, de recursos económicos, de desplazados por motivos voluntarios o involuntarios, a lo cual cabe agregar la conectividad instantánea permitida por las tecnologías de la información y la comunicación, generan un estado de hecho que no puede ser abarcado,

comprendido ni actuado críticamente desde la ontología y la teleología de lo mismo, de lo idéntico, de la **latinoamericanidad**.

Néstor García Canclini expresa:

Lo que significa la latinoamericanidad no se encuentra sólo observando lo que sucede dentro del territorio históricamente delimitado como América latina. Las respuestas sobre los modos de ser latinoamericano vienen también de fuera de la región, como las remesas de dinero de los migrantes (GARCÍA CANCLINI, 2002, p. 27).

No alcanza con referir a una identidad común, reconocible en una progresión escalar que va de lo regional a lo local pasando por lo nacional, para abordar la complejidad de los procesos que se adensan en las ciudades – independientemente de sus dimensiones geográficas o demográficas. En efecto, en un **mundo planetarizado**, las interdependencias y remisiones recíprocas provocan efectos localmente intempestivos que no pueden ser abordados solamente desde la identidad, sea esta constituida por las determinaciones materiales de la historia (colonialismo, dependencia, expoliación, insurgencia revolucionaria) o por una ontología esencialista (indigenismo, cosmologías ancestrales, naturaleza sublime).

Los efectos intempestivos provocan desconcierto en las escalas locales debido a que los efectos de las crisis ecológico-ambientales, de las economías nacionales y regionales, de la urbanización de las naciones, etc., son derivaciones de procesos frente a los cuales la resistencia desde una identidad ideológica o esencialista tienen valor testimonial pero escasa productividad política. García Canclini explica que, “[...] la transnacionalización de la economía y la cultura han vuelto poco verosímil ese modo de legitimar la identidad. La noción misma de identidad nacional es erosionada por los flujos económicos y comunicacionales” (GARCÍA CANCLINI, 2002, p. 39). Y agrega: “Desde

una perspectiva sociocultural es poco fecundo reducir las muchas maneras de ser argentino, brasileño o mexicano a un paquete fijo de rasgos, a un patrimonio monocorde” (GARCÍA CANCLINI, 2002, p. 42).

Las ciudades son los espacios preferenciales de estos efectos intempestivos de la contemporaneidad. Allí, las dimensiones física (la ciudad como un ordenamiento material de espacios habitables – *urbs*), social (prácticas de sujetos, **estructuradas y estructurantes**, definitorias de un modo de uso de la *urbs* variable entre la institucionalidad y la transgresión – *civitas*) y cultural (dimensión mental y difusa que se integra con conceptos, simbologías, narrativas, expectativas de ciudad – *polis*) (CAPEL, 1975), adquieren su máxima complejidad y los procesos arrojan fenómenos tan evidentes como paradójales.

Quizás aquí radique el particular interés de la contemporaneidad y las ciudades latinoamericanas: en la paradoja de ser ciudades de extremos. Al respecto se expresaba en una oportunidad anterior comentando los procesos extremos de la ciudad contemporánea:

Los extremos aluden a intensidades desaforadas, grados máximos, instancias últimas; algo así como puntos sin retorno, bordes peligrosos que estimulan al sujeto temerario y paralizan al pusilánime. En cualquier caso, los extremos prometen experiencias extraordinarias, engendran subjetividad y condicionan a los sujetos. Asociada a procesos, la palabra califica lo que de secuencial y sucesivo hay en la misma. Procesos extremos [...] aluden no sólo a una característica de la ciudad contemporánea que se va definiendo en el transcurso del tiempo sino también a una espacialidad que se especifica en el devenir de los hechos antes que en las fijaciones y las previsiones de las estructuras. En el proceso hay un espacio-tiempo en curso exacerbado, que fluye o deriva hacia ese fin desaforado, que no es precisamente teleológico. Antes bien, en los procesos extremos hay algo de escatológico (en su doble acepción de lo que pertenece a la ultratumba y a la inmundicia) que inquieta y paraliza (ARROYO, 2015).

Latinoamérica está inmersa en ese fluir hacia lo desaforado. Se vivencia a diario en los procesos extremos “[...] que dará lugar a un tipo de ciudad mundializada, genérica y sobredeterminada por esas tensiones máximas pero que, a su vez, pulsará por diferenciarse en el plano isovalente de un tiempo y espacio comprimidos” (ARROYO, 2015). Las ciudades de la región están “[...] **en ese punto de diferenciación en lo indiferenciado**” (ARROYO, 2015) en el nos instalamos para preguntarnos **por la contemporaneidad y de revisar algunas categorías que nos preocupan.**



Figura 1 – Interpretaciones de América Latina como una región económica, oportunidad histórica de la emancipación revolucionaria y de reivindicación de un posicionamiento en el mundo.

Fuente: Imágenes tomadas de sitios abiertos de Internet. De izquierda a derecha: anuario estadístico del PBI CEPAL 2013, elaboración gráfica de fotografía del “Che” Guevara de A. Korda y dibujo de Joaquín Torres García.

CIUDADES

Atendiendo a la preocupación por hacer una **lectura del espacio público** y el **paisaje urbano** en la ciudad latinoamericana contemporánea se propone como estrategia colocar el punto de observación en los desajustes y las distorsiones antes que en las situaciones asertivas de la fenomenología de tres ciudades latinoamericanas: México DF, São Paulo y Buenos Aires. Estas ciudades son referentes regionales y ofrecen una casuística que permite revisar el modo en que las

dimensiones físicas, sociales y simbólicas se articulan en cada caso. En un sentido general y haciendo una síntesis extrema, se proponen tres modos de comprender esas u otras ciudades en la actualidad, a saber:

- La contradicción.
- El fragmento.
- La disyunción.

Estos modos tendrían correspondencia con la ciudad capitalista de base industrial, la ciudad posmoderna del capital financiero transnacional y la ciudad escindida del capitalismo de flujo exacerbado, respectivamente.



Figura 2 – Diagramas de relaciones entre formas, usos y significados para las distintas interpretaciones de ciudad.

Fuente: Julio Arroyo.

Totalidad dialéctica

La ciudad moderna se explica desde la lógica de la acumulación del capital industrial que da lugar a las contradicciones socio-físicas (burguesías y proletariados urbanos, centros calificados y periferias degradadas, barrios integrados y marginales, etc.). Las disfuncionalidades, desequilibrios y frustración de la ciudad europea del siglo XIX devinieron en críticas contra la realidad de

las ciudades, críticas que encontraron en los arquitectos modernos europeos la posibilidad de pensar la ciudad de modo alternativo. Esta concepción crítica fluctuó entre la mayor eficiencia del sistema y la equidad social, abarcando en estos extremos el variado arco entre la ciudad liberal y la socialista. El ordenamiento de medios a fines y las relaciones de costo-beneficio, la economía de escala y la producción industrial, la concepción de un sujeto urbano colectivo y la historia como justificación de un destino, conformaron las bases de una utopía urbana que hunde sus raíces en la Ilustración y el cartesianismo, en la razón sustantiva e instrumental (BENEVOLO, 1971; MUMFORD, 1979).

La transferencia de la racionalidad moderna a Latinoamérica desde finales del siglo XX, aun salvando las obvias diferencias entre países, supuso un proceso de modernización en todos los planos: socio políticos, económicos y culturales que se universalizó con resultados dispares sobre ciudades diferentes en razón de su estructura, escala y roles territoriales. Progresivamente el urbanismo pasó a ser una política de estado y la urbanística moderna de entreguerras contribuyó con recursos instrumentales y conceptuales a tal fin. El resultado fue la generalizada aplicación de políticas higienistas, de embellecimiento, de regulación del crecimiento como acción del estado en sus diferentes jurisdicciones sobre la ciudad que de tal modo es objeto de determinación por medio de planes directores, proyectos de equipamientos e infraestructuras, saneamiento y sanidad urbana, construcción de un paisaje, etc. (COLLADO, 2008).

Con la consolidación de la ciudad moderna el espacio público se configura el sistema de espacios físicos exteriores con dos funciones principales: la circulación (red vial) y la recreación (espacios verdes) junto a otras funciones remanentes de la ciudad tradicional tales como el comercio (ferias) y la celebración (fiestas cívicas, populares). El espacio público exterior se complementa con los equipamientos – del dominio público o privado- en la medida en que alojan funciones institucionales de interés público (educación, salud, seguridad). De tal modo, el espacio público está integrado por los exteriores urbanos de libre circulación y por los edificios institucionales generándose una fenomenología de lo urbano que subsiste hasta el presente. Es con referencia a esta ciudad que se perfila un concepto de ciudadanía política, social y cultural por lo cual se acepta que el mismo es general, en el sentido de incluir a la totalidad de la población con un sentido democrático, es común como propiedad administrada por el Estado, es colectivo por la modalidad de uso y es superior por cuanto significa valores de la ética ciudadana que se corresponde con un complejo conjunto de representaciones simbólicas. A su concreción concurre no sólo el Estado –con el sistema legal, las obras y las infraestructuras, los discursos legitimadores, etc.- sino también la sociedad con sus prácticas concretas que supone formas de uso, de disfrute de los ámbitos urbanos.

El espacio público urbano es el ámbito físico caracterizador y contenedor de la dinámica material de la ciudad (*urbs*), de realización de la acción social y construcción de vínculo intersubjetivo (*civitas*) y manifestación del conflicto político-ideológico de la sociedad (*polis*). Como polis es una construcción cultural, difusa e inmaterial, que reúne los sistemas ideológicos, simbólicos y estéticos que alimentan las visiones, las expectativas colectivas y las narrativas sobre la ciudad, regulando y orientando las prácticas en el espacio físico. En esta

dimensión de la *polis* se construyen las perspectivas éticas y estéticas de la ciudad.

En síntesis, en Latinoamérica la ciudad moderna es una paradoja en la cual conviven las formaciones heredadas de las ciudades coloniales (trazados, arquitecturas vernáculas, hábitos, narrativas, etc.) y las infraestructuras de la producción industrial, con las economías enmarcadas en la división internacional del trabajo (ferrocarriles y puertos, fábricas y barrios obreros, etc.). Es sobre la base de estas configuraciones mixtas que se desarrollarán los movimientos sociales que a lo largo del siglo habrán de poner en crisis la estructura urbana. Exceptuando las pocas experiencias socialistas fundadas en las utopías dialéctica, la ciudad latinoamericana es un dispositivo reflejo del sistema (ciudad es la infraestructura y la logística para el desarrollo de mercado, reserva de mano de obra y manipulación de la fuerza de trabajo e ideología de un orden naturalizado que asocia lo urbano con un progreso técnico pero no humano).

Contradictoria y conflictiva pero redimibles en la síntesis dialéctica o compleja pero administrable en razón de su estructura sistémica, prevalece en la ciudad moderna el concepto de totalidad. No obstante, durante la segunda mitad del siglo XX se observa ver que los procesos políticos (especialmente las dictaduras militares), los desarrollos desequilibrados de la economía que amplía la pobreza urbana y agudiza la marginación, la insuficiencia u obsolescencia de las infraestructuras, la vulnerabilidad ambiental, etc. ponen en crisis las concepciones de ciudad como una totalidad.

Totalidad implícita

La ciudad posmoderna se explica como frustración ética o bien como imposibilidad material de la utopía. Este clima de frustración

gana espacio en el ámbito del pensamiento (posestructuralismo, existencialismo, escepticismo, irracionalismo, **giro cultural** de las ciencias humanas y sociales, **pensiero débole**) desde donde se enarbola la crítica a la modernidad asociada a la era de la razón, a los procesos de modernización y sus efectos en todos los órdenes de la vida. La caída del muro de Berlín simboliza la defeción del modelo socialista, las democracias representativas pierden credibilidad por la burocratización de las dirigencias políticas y gremiales, el discurso hegemónico habla de **pensamiento único** y exhibe al capitalismo como modelo único y excluyente, el concepto de verdad científica se pone en crisis a partir de la reversibilidad del tiempo (cuyo ejemplo máximo es la **teoría del caos**), las contraculturas y subculturas otrora desafiantes del orden constituido se visibilizan del mismo modo que las minorías excluidas ganan reconocimiento y adquieren progresivamente estatus políticos. El desarrollo de la telemática permite la operación de los mercados a tiempo continuo del mismo modo que la crisis energética reformula los procesos de producción industrial, reduciendo la materialidad de los productos (más liviano, más pequeño, más rápido), en un proceso por el cual se transfiere la primacía económica del sector industrial al de los servicios (LASH & URRY, 1994; HARVEY, 1998).

La modernización desigual, sectorial e incompleta de América Latina contribuye a este clima de escepticismo. La penosa experiencia histórica de las dictaduras militares y los gobiernos conservadores genera las condiciones para el debilitamiento del pensamiento crítico y sus articulaciones políticas en cuerpos sociales de creciente pobreza material y moral. Aun con excepciones que no modifican las tendencias generales, los países de la región sufren la infiltración de las políticas y las concepciones neoliberales en todas las dimensiones de la ciudad. La ciudad es suma de partes, de fragmentos, cada uno dotado de características propias y se la estudia desde los elementos primarios

y las áreas homogéneas y desde los análisis tipo-morfológicos cuya reproducción habría de fijar un vínculo temporal entre la ciudad actual y su desarrollo histórico. Es la ciudad propuesta por Aldo Rossi y *La Tendenza* (ROSSI, 1979), pero también la ciudad de la composición visual a partir del eje y el bloque, el parque y el monumento de Rob Krier (KRIER, 1981). Es también la ciudad rescatada en la singularidad esencialista de los lugares, **lugares existenciales**, reconocibles a través de imágenes discernibles de un espacio urbano estructurado (NORBERG-SCHULZ, 1978; LYNCH, 1986) de las experiencias perceptivas complementadas con la cognición y los mapas mentales avalados por las corrientes arquitectónicas del regionalismo crítico que reivindica lo local, lo vernáculo y lo tradicional como referencias que convalidan el proyecto urbano-arquitectónico.

La conciencia creciente de un aquí y ahora relativo a una experiencia existencial individual no se compatibiliza con la racionalidad disciplinar del plan director, enteramente desbordado por las realidades urbanas de las migraciones, la pauperización, la desinversión en infraestructuras, etc., todo lo cual da cuenta de los estragos de los gobiernos dictatoriales y paternalistas, según los casos nacionales, que a la postre convergen en la figura declinante del Estado de Bienestar. Esta declinación no es sino el marco de referencia para la creciente desigualdad social, pérdida de representatividad de los partidos políticos, generalizada sospecha de corrupción y ineficiencia de la acción del Estado, avances en la transnacionalización de las economías, su articulación en procesos globales soportados por las tecnologías de la información y la comunicación, que agudizan el conflicto social, acompañado de una desideologización de su abordaje.

En su momento, el debate modernidad/posmodernidad saturó los ámbitos de la crítica y generó un clima propicio para los relativismos culturales, las miradas sesgadas, la primacía de las realidades próximas

y de los proyectos de corto plazo. El plan director y en general todos los instrumentos de la urbanística moderna son cuestionados frente al auge del *participacionismo* implícito en los planes estratégicos. Estos planes, basados en el supuesto convalidante de la participación amplia e igualitaria de los actores urbanos en espacios de consenso, actores que guardan profundas asimetrías entre sí, fue un eufemismo. Sus conclusiones mostraban consensos en los grandes rasgos obvios de las necesidades urbanas, pero al momento de las precisiones encubrían contradicciones insalvables originadas en intereses particulares o sectoriales de actores desiguales. A la postre, los planes estratégicos sirvieron para legitimar decisiones que, de todos modos, se hubieran tomado puesto que en el debate los discursos hegemónicos fueron siempre dominantes. En el clima cultural de la posmodernidad², toma fuerza la figura del vecino por sobre la del ciudadano, el sujeto individual que erige como víctima del Estado alentado por el auge de las políticas neoliberales de las últimas décadas del siglo XX. Coherente con ello, la comprensión de la ciudad se hace a través de barrio como territorio físico y cultural, de las particularidades que forman parte de la experiencia directa de los vecinos antes que desde los grandes referentes de centralidad que pueden implicar pertenencia a una totalidad integrada.

La ciudad es suma de partes al igual que la sociedad es un aglomerado de estamentos antes que de clases en contraposición. En este contexto ganan presencia política las minorías sociales, las organizaciones no gubernamentales y los movimientos focalizados en

² Este debate ocupó los espacios académicos durante las dos últimas décadas del siglo XX y contribuyó a generar el particular **clima de fin de siglo** caracterizado por el escepticismo y la desconfianza en la meta del progreso humano. En la región, fue concomitante con procesos políticos de neoconservadores. El material producido fue muy abundante. Para una referencia general ver la compilación de textos de Nicolás Casullo (1993). También, David Harvey (1998), Frederic Jamenson, Jean François Lyotard (1986) y Roberto Follari (1990).

problemáticas puntuales en tanto que se definen problemas a escala planetaria tales como el cambio climático y la economía global. En esta noción de ciudad el fundamento es todavía una totalidad dada por la adición de fragmentos y prácticas, en donde el espacio de la acción parte de reconocer la potencialidad intrínseca del fragmento. El instrumento de actuación será el proyecto urbanístico, que ve en las suturas entre partes la estrategia de recomposición de la totalidad de urbana. Esta estrategia no pudo evitar que las partes urbanas no sólo se remitan a la revalorización de los espacios existenciales relativos a una pauta local sino que bajo este concepto del fragmento se extremaran las diferencias con la aparición de enclaves urbanos (barrios cerrados, centros comerciales y de ocio, country clubs) que generaron fragmentos elitistas y excluyentes.

La noción de totalidad está implícita en esta ciudad de partes en la dimensión simbólica de la *polis* comprendida como un espacio de diferencias concertadas. La referencia la proporciona Jürgen Habermas quien propone, frente a la reacción antimoderna, la consolidación de la esfera pública en una suerte de ciudad comunicacional basada en el completamiento del proyecto de emancipación de la modernidad ético-política, técnico-científica y estético-cultural (HABERMAS, 1986). Hay un énfasis en la dimensión material al revisarse la forma del espacio urbano generada a partir de planes estratégicos y *participacionismo* de la llamada sociedad civil, que habrá de pensar las prácticas de los sujetos alimentadas por la una identidad urbana totalizadora, como si el genio de la ciudad llamara a que unos y otros subsuman sus diferencias en la intemporal identidad común. En esta ciudad el espacio público es escenario material de la fragmentación urbana, representación simbólica a partir de narrativas de identidad de lo urbano y sede natural de la fragmentación entre estamentos

sociales dirimidos por las mercadotecnicas antes que por la acción social orientada.

Totalidad clausurada

La **ciudad escindida** es la disyunción de formas físicas, prácticas sociales y significados culturales, categorías que entran en un juego sin fin, irreductible a un sentido único. Las formas materiales, las prácticas sociales y los significados culturales pierden relaciones estructurales y desarrollan lógicas autónomas cuyos efectos no responden a una linealidad de causas y consecuencias ni a un sentido teleológico auspiciado por un origen fundacional. Por el contrario, derivan en un juego de significados abiertos. La experiencia se parece a un movimiento *browniano*³ cuya intensidad es tal que satura la capacidad de percepción, encandila y seduce, a la vez que desaliente la voluntad cognitiva. El sujeto queda atrapado por el movimiento que no infiere determinaciones lógicas, que llevarían a buscar causas para prever consecuencias, sino que produce efectos intempestivos. Es puro efecto cuyo registro no retiene una imagen que representa la totalidad de lo urbano sino que produce un efecto de intensidad en la contingencia de un tiempo *aiónico*⁴ y un espacio intersticial. En la ciudad escindida hay una exacerbación de las contradicciones y la fragmentariedad, ambas

³ Movimiento browniano. Es el movimiento aleatorio de partículas suspendidas en un fluido (líquido o gas) como resultado de su colisión con los átomos rápidos o moléculas en el gas o líquido. El término "movimiento browniano" también puede referirse al modelo matemático utilizado para describir estos movimientos al azar. El movimiento browniano es uno de los procesos estocásticos (o probabilísticos), más sencillos en un tiempo continuo.

⁴ En las proposiciones de Deleuze y Guattari (1997, p. 265), el tiempo de Aión es el que corresponde al intervalo entre un **demasiado tarde** y un **demasiado pronto**, un tiempo diferente del Cronos, secuencial y continuo. El aiónico es un tiempo sin medida, de duración instantánea.

potenciadas al punto de provocar efectos intempestivos, que colocan al sujeto a entender la ciudad como algo desconcertante y paradójal.

En esta ciudad escindida, cuya topología no **territorializa** sino que produce corrimientos, siempre buscando un lugar que no logra fijar tiempos y espacios. Es difícil hallar un *locus*, un *genius loci* o un **hecho primario** capaz de simbolizar en un solo acto el significado total de lo urbano. Se explica desde la *heterotopía* (FOUCAULT, 1984), en las formas multiplicadas del lugar como exasperación o enervación paradójica de la centralidad, pero también desde la distopía, entendida como perversión del lugar antropológico (ARROYO, 2011, p. 80).

La centralidad es una cuestión crucial en la ciudad escindida, centralidad material, pero también pragmática y simbólica. Jacques Derrida (1989) propone la revisión de la *estructuralidad* de la estructura. La *estructuralidad* radica en un centro que el autor asocia al origen fijo orienta y equilibra la estructura dando coherencia al sistema pero, sobre todo, hace que, en tanto principio de organización de la estructura, limite el juego de la misma. El centro abre y cierra el juego, dice el autor y agrega: "[...] siempre se ha pensado que el centro, que por definición es único, constituía dentro de una estructura justo aquello que, rigiendo la estructura, escapa a la *estructuralidad*" (DERRIDA, 1989, p. 384), es decir, está dentro y fuera de la estructura puesto que, siendo necesario para la existencia de la misma, su pertenencia a ella anularía su exigencia de irreductibilidad.

Esta paradoja es inquietante puesto que pone en crisis el deseo de orden y estabilidad que el centro garantiza y que, en la historia de Occidente, ha tomado la designación de Sujeto, Dios, Razón, Hombre o Naturaleza, representando siempre una presencia que por sí misma ordena los elementos del sistema y los integra en una estructura dotada de sentido.

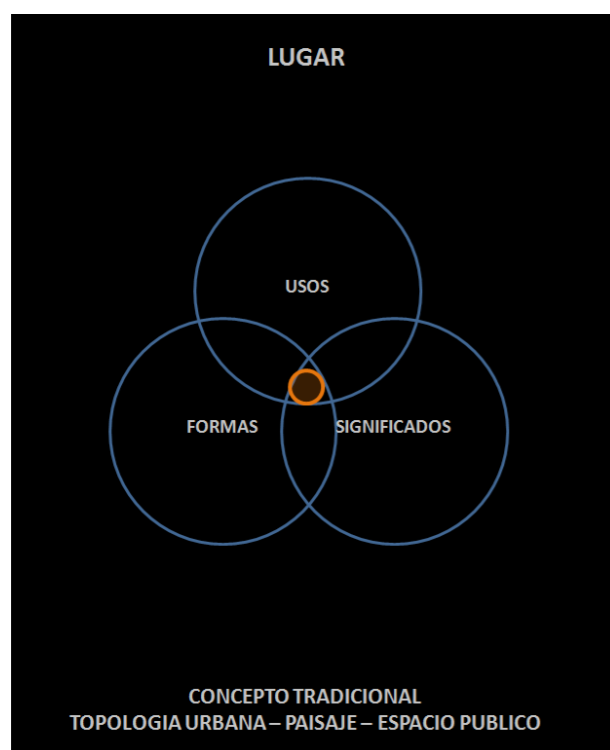
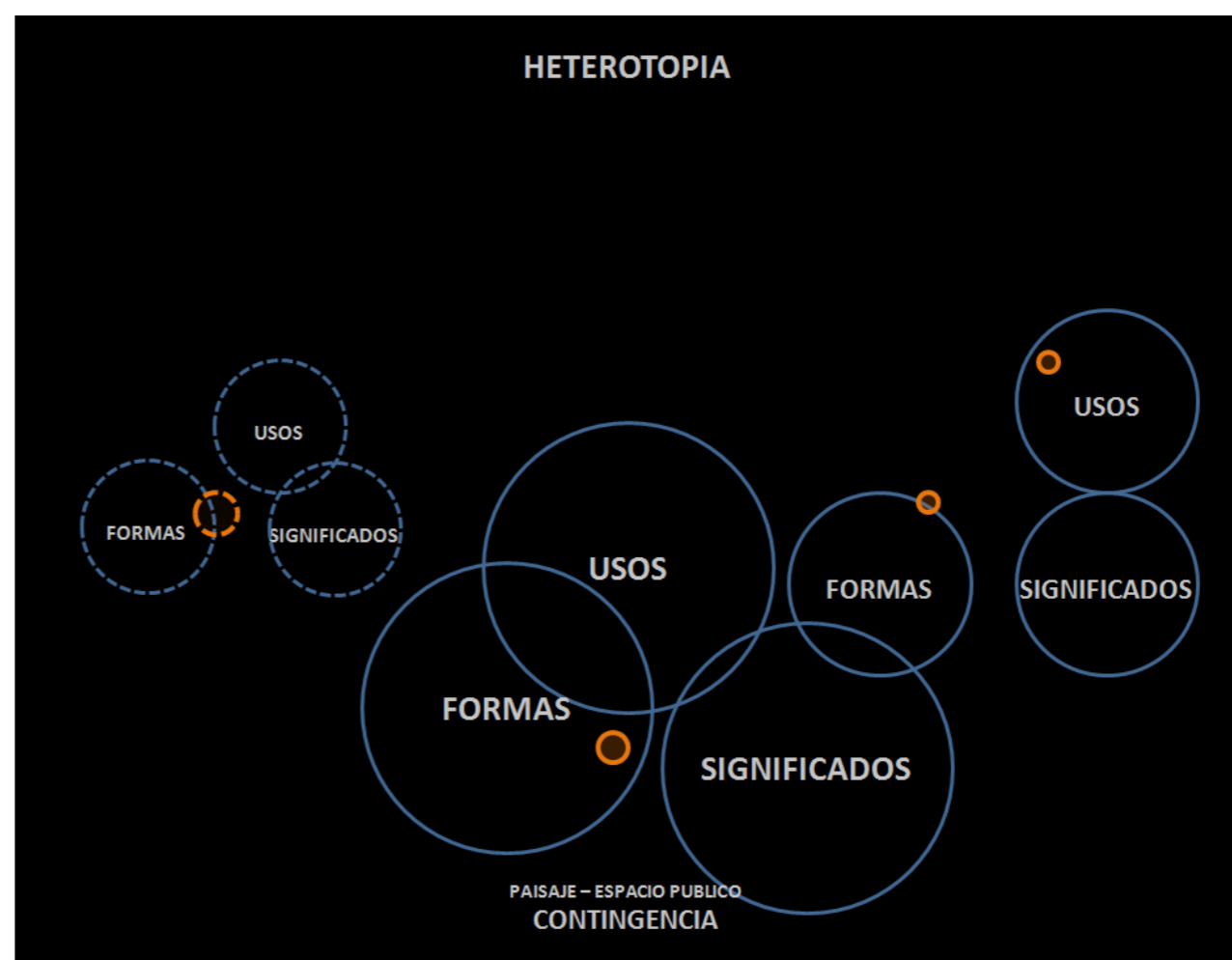


Figura 3 – Lugar como relación estructural de formas materiales, usos sociales y significados culturales con atributos de identidad, referencia y memoria. Distopia como perturbación del lugar por pérdida de potencia de la centralidad constitutiva.
Fuente: Julio Arroyo.

Figura 4 – Heterotopías como espacios alternativos o negados que producen incógnitas en la ciudad.
Fuente: Julio Arroyo.



Derrida sospecha de que el centro sea tal; dado que es el punto en que no es posible transferir o desplazar los significados, es el punto de lo irreductible, pensar su inexistencia vuelve indiferente toda referencia a un origen o a un fin, *arkhé* o *telos*, quedando los elementos envueltos en una **historia de sentido**, que se expresaría como el juego de la *estructuralidad* de la estructura, que el autor se propone rescatar. El origen y el fin tienen por función poner a salvo a la estructura de los avatares de la historia de sentido. Visto en la perspectiva histórica de occidente, la epistemología de la ciudad se ha fundado en la búsqueda de un origen y un destino que otorguen sentido a su estado presente. La modernidad actualiza ese sentido en el progreso, de la historia fundada en el desarrollo de la ciencia, la moral y el arte.

El autor señala la existencia de un **acontecimiento**⁵ de la estructura que se manifiesta vivamente en nuestra época, pero que es inherente a la propia historia de la noción de estructura y que está relacionado con esta necesidad de pensar la *estructuralidad* colocándose en el punto de ruptura o de desintegración de la obviedad del centro, esos lugares de certeza y verdad que adquieren naturalidad, como si fueran los fundamentos y los designios no cuestionados de nuestra vida como sujetos urbanos.

La ciudad es una estructura y en tanto tal tiene centros (materiales y simbólicos) que la explican, centros que, en la posición de Derrida, constituyen a la vez la condición de posibilidad y la negación del juego de la estructura. La urbanística y la arquitectura, al hacer la ciudad (entiéndase: proyectar, construir, reglamentar, pensar, interpretar,

⁵ Acontecimiento no es sólo efectuación, que remite a un estado de cosas que **se encarna en personas**, en individuos. Esto implica un **presente definitivo** en acto, intenso, para aquel que lo encarna, que así puede juzgar un antes y un después del acontecimiento. Es también **contra efectuación** del acontecimiento que mira a la vez al futuro y el pasado en sí mismos, ambos eludiendo el presente en la medida en que no están encarnados en un estado de cosas sino que se representa por un instante móvil siempre desdoblado entre el pasado y el futuro, una virtualidad.

etc.) asumen esos centros como referencias fundadoras, como categorías constitutivas que en su perenne vigencia estarían ocultando o impidiendo el juego de lo urbano, en un intento de neutralizar la angustia que produce el hecho de sentirse tomado por sorpresa por ese juego que, para el caso, es el juego de lo inter-subjetivo y lo inter-objetual que propone la vida urbana. Esta pretensión de concretar el centro supone la utopía de la *polis*, el lugar de la realización de la idea de lo urbano.

El último tercio del siglo XX puso en crisis la utopía. La discusión sobre las promesas incumplidas de la modernidad se extendió en los espacios académicos de Latinoamérica en la misma medida en que se verificó en la vida cotidiana con las políticas neoliberales. Los valores de ciudadanía entraron en franca declinación en la misma medida en que la prédica anti-estatista se infiltró en la población con lo cual se instaló un clima de aceptación indiferente de la nueva situación de un pueblo devenido en meras masas de consumidores o de desazón y escepticismo en los sectores con algún reflejo crítico. Este clima, que habría de caracterizar el fin de siglo, no ha sido superado no obstante la recuperación del valor de la estatalidad que se viene observando en distintos países latinoamericanos. Ocurre que la reivindicación del estado no alcanza para revertir el efecto normativo del neoliberalismo (LARVAL; DARDOT, 2010) Al respecto dicen los autores:

El neoliberalismo define cierta norma de vida en las sociedades occidentales y, más allá de ellas, en todas las sociedades que las siguen en el camino de la "modernidad". Esta norma obliga a cada uno a vivir en un universo de competición generalizada, impone tanto a los asalariados como a las poblaciones en entren en una lucha económica unos contra otros, sujeta las relaciones sociales al modelo del mercado, empuja a justificar desigualdades cada vez mayores, transforma también al individuo, que en adelante es llamado a concebirse y a conducirse como una empresa (LARVAL; DARDOT, 2010, p. 14).

El revivido discurso relativo a un destino histórico, la emancipación latinoamericana y la vía hacia un destino de progreso, es tan sólo uno más de los discursos de un juego en el que los significados no tienen fin, en el que estamos atrapados.

Derrida afirma que todo se convierte en discurso con la condición de que por tal se entienda que “[...] el significado central, originario y trascendental no está nunca absolutamente presente” (DERRIDA, 1989, p. 386). En efecto, siendo que todos los elementos de una estructura se remiten en la última instancia de su significación al centro u origen, el lugar en el que la significación ya no es posible (recordar que significación es siempre sustitución, transposición de significados) queda vacío y, por lo tanto, la totalidad pierde a la vez sentido lógico y posibilidad práctica; en consecuencia, queda abierto el campo a un juego sin fin de la significación: un continuo discurso sin centro en el que tanto tiene cabida el discurso de la liberación del imperialismo como el de la economía de mercado o el del capitalismo **con rostro humano**. El centro sólo aparecerá como una función, como un recurso de método dentro de un sistema de diferencias, o sea, en el marco de unos términos de acuerdo que por sí mismos no constituyen ley, axioma o fundamento ontológico. Organiza un discurso, pero no produce sentido como representación.

En la ciudad, la retórica de lo público habilita a hablar de lo privado, por ejemplo, según un juego que definirían un sistema de diferencias (público como bien público, interés público, espacio público), en donde público es siempre un valor superior, general y común naturalizado en el entendimiento social solo para ser menoscabado en cualquier repliegue de la vida urbana. Lo que intento expresar es que el espacio público como una categoría sustantiva, determinada y determinante de la ciudad está fuertemente debilitado como espacio de representación de los valores ciudadanos. Ello lleva a que el espacio público sea un

juego de referencias entre *urbs* y *civitas*, sin remitir de modo contundente a la dimensión de la *polis*, algo así como un espacio pragmático para actualizar a dinámica de la ciudad sin que por sí mismo conlleve una axiomática fundada en valores cívicos.

Siguiendo a Derrida, se podría afirmar que ciudadanos, objetos, escalas, territorios, espacios, tiempos, sociedades, lugares, etc. son co-presencias que generan en la ciudad un discurso continuo, un encadenamiento de signos que hacen un juego sólo posible en ausencia de un centro único resumido en el concepto de la *polis*. En la *polis* se constituye el **lugar público**, el mundo que distancia y vincula a los individuos quienes se vuelven ciudadanos en el momento de ejercer el debate en el disenso, el lugar y el tiempo “[...] de ver y ser vistos, de escuchar y ser escuchados” (ARENDRT, 1993). De esta paradoja de ciudad sin *polis*, del juego de *civitas-urbs* en ausencia de la centralidad de la *polis*, se deduce que, en todo caso, ciudadano, objeto, escala, etc. son funciones de centralidad inmanente, sin ninguna trascendencia ontológica.

Lo dicho se refuerza apelando nuevamente al pensamiento de Derrida que objeta no sólo el centro sino también la totalidad que le es concomitante. La ciudad escindida, como estado más indicativo de la ciudad actual, es de hecho la clausura de la ciudad como totalidad. No reconocen estructuras sustantivas de valores que expliquen y hagan deseable las correspondencias entre formas espaciales, prácticas sociales y significados simbólicos. Merced a estas correspondencias habría una remisión de sentido entre lugar, instituciones y ciudadanía, entre espacio, forma y hombre, etc., que expresarían de manera inequívoca la ciudad como un hecho total, un mundo en el que el sujeto de conciencia consuma la razón de la historia mediante la praxis.

En esta ciudad escindida, sin centralidades sustantivas que organicen el juego de las partes, no hay una topología que **territorializa** el

Paisaje y espacio público: una lectura desde América Latina
Julio Arroyo

espacio urbano sino derivas, desplazamientos constantes en busca de un lugar que no logra fijar tiempos y espacios. Prevalece la distopía y la heterotopía (FOUCAULT, 1984) en las formas multiplicadas del lugar como exasperación o enervación paradójica de la centralidad sin valores. La distopía no niega el lugar sino que lo entiende desvirtuado, en tanto que la heterotopía se explica en la como multiplicidad de espacios multiplicados bajo diferentes imágenes de ciudad que conviven con (o también junto, dentro, sobre, fuera) de la ciudad tradicional, la de las contradicciones o la de los fragmentos.

En la experiencia cotidiana el sujeto transita sin fronteras entre la ciudad de las contradicciones, la de los fragmentos y la de la escisión. No es una u otra sino un discurso inacabable sin que por lo momento haya un núcleo de certezas. Si se toman en consideración una serie de casos y temas del paisaje urbano de México DF, São Paulo y Buenos Aires, y se los observa detenidamente, podrá verse que las relaciones entre formas, usos y significados oscilan de vez en vez, de caso en caso. No se trata de una presunta variación de los puntos de vista sino del hecho de ser fenómenos de ciudades distópicas en la cual algunos sitios pueden ser lugares centrales, algunas prácticas se corresponden con subjetividades determinadas y algunos significados pueden entenderse como universales, pero sólo para que, en el momento siguiente, estas relaciones se disuelvan en formas desagregadas, prácticas rutinarias y significados abiertos.

PAISAGE Y ESPACIO PÚBLICO

El escepticismo acerca de la centralidad y la totalidad como sentido de lo urbano ha quedado planteado. Qué es entonces el paisaje y el espacio público sino un repertorio de conceptos instrumentales de lo que no cabe buscar sino un **efecto de superficie**, una expectativa de

territorialización que habrá de disolverse en las líneas de fuga que **desterritorializan**, una emergente **rizomática** que se resuelve en la contingencia, unos surcos que estrían, marcan, el *plano liso* con la ilusión de trazar unas huellas sólo para ser borradas por la próxima ventisca. Las figuras metafóricas de Gilles Deleuze y Félix Guattari (territorialización, rizoma, etc.) son incómodas, pero poseen una conveniencia táctica **para ver en la oscuridad**. En ciudades desbordadas por los desequilibrios, sobre-determinadas por los macro-procesos de escala planetaria no hay un fundamento para la estabilidad, ni en el orden político ni social ni físico. Por lo tanto estamos obligados a vivir en un interrogatorio constante, a seguir azorados el juego de las derivas de los sentidos que advienen en las prácticas, a la sucesión de discursos que intentan recomponer lo real en cada episodio de las realidades que vivimos cotidianamente.

Huelga decir que **paisaje** es un concepto central de la Geografía del mismo modo que **espacio público** lo es de la urbanística. En la ciudad escindida estos conceptos aparentemente obvios debieran ser revisados puesto que se generan dudas acerca de su valor semántico. La geografía ha sabido moverse con agilidad para revisar sus objetos y ampliar su campo de trabajo. Así lo expresa Werther Holzer cuando dice que:

Hoje posso afirmar que a movimentação provocada pela geografia humanista nas décadas de 70 e 80, com seu ataque ao idealismo e ao empirismo, sua procura de métodos alternativos, sua valorização do indivíduo e da espacialidade humana e sua aversão pelos paradigmas, apontam para um contexto mais amplo, extra-geografia: o do surgimento do pós-modernismo (HOLZER, 2008).

Este ataque al idealismo y al positivismo lo es al mundo de las certezas y las determinaciones lineales. El giro cultural en la observación del

Paisaje y espacio público: una lectura desde América Latina

Julio Arroyo

territorio de la Geografía, conjuntamente con las ciencias sociales, coloca la atención no sólo en la acción humana sino en las prácticas de actores que se desempeñan en ciudades que los desbordan, que se ofrecen como espacios de dudosa capacidad referencial.

La introducción de la fenomenología, con su atención en el **mundo de la vida** y las condiciones existenciales, desplazó el concepto del paisaje como indicación de una realidad física que se observa con interés analítico o de fruición. Desplazó asimismo al paisaje como un particular encuadre del territorio que, reproducido en la pintura o en la fotografía, retiene una imagen espacial que se perpetúa en el tiempo como objeto que, a la vez, produce empatía en el espectador. Con la fenomenología se introdujo el concepto de **lugar** como foco de interpretación y valoración del paisaje. Al hacerlo, prevalecen las experiencias perceptivas y las imágenes mentales que provocan (paisajes sonoros, olfativos). Junto al geógrafo, el artista o el cronista, otros sujetos son enunciadores del paisaje que pasa a ser una producción antes que una externalidad susceptible de una percepción extática. La legitimidad del paisaje está en manos de los individuos y no sólo en los especialistas responsables de estudiar, representar o describir un paisaje. Son los habitantes del paisaje (comunidades, grupos sociales) quienes los designan en la medida en que habitan y lo hacen toda vez que se seleccionan elementos significativos del entorno y lo integran en un bloque entre objetivo y emocional.

De tal modo, el paisaje se ofrece al sujeto conforme diferentes criterios de valor didáctico, testimonial, hermenéutico, lúdico, de fruición, etc. Se podrá referir entonces a paisajes culturales (*land art, urban art, public art*), económicos (del vino, de los migrantes), paisajes económicos (agrícolas, industriales, pequeña empresas), paisajes sociales (villas, *countries*), etc. La apertura del concepto produce su enriquecimiento a la vez que augura su debilidad semántica al punto de poner en crisis el mismo concepto de fenomenología.

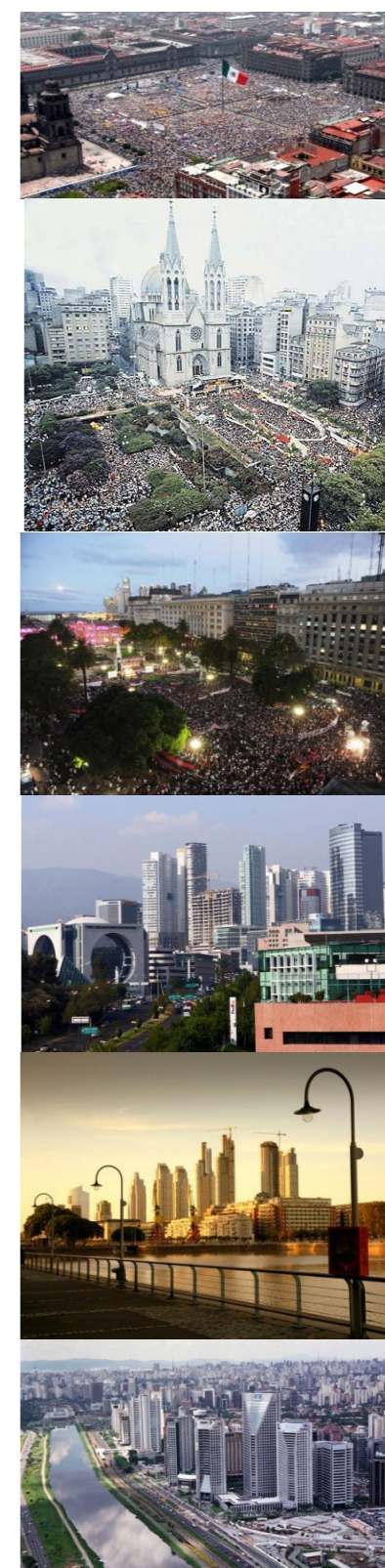
Eduardo Marandola Jr., no obstante, reivindica la vigencia de la fenomenología cuando dice que

[...] ao lado do pensamento social e filosófico contemporâneo, como uma possibilidade para compreensão da experiência no mundo atual, suas angústias, crises e transformações. O pensamento fenomenológico, seja na revisitação contínua aos grandes filósofos, seja nas novas esteiras abertas pelos seus desdobramentos atuais (a pós-estruturalista deleuziana, ou a pós-fenomenologia), mostra-se pertinente e vigoroso para compreender as transformações na intimidade, na corporeidade e nas relações espaciais e sociais, bem como nas novas possibilidades de experiências espaciais que se descortinam diariamente (MARANDOLA JR., 2013, p. 59).

Figura 5 – Fenomenología del espacio público y formaciones paisajísticas. Comparación de plazas centrales y áreas de nuevo desarrollo terciario en México DF, São Paulo y Buenos Aires, respectivamente.

Fuente: imágenes de sitios abiertos de Internet.

Elaboración: Julio Arroyo.



Paisaje y espacio público: una lectura desde América Latina
Julio Arroyo

El paisaje de la ciudad actual se aleja definitivamente de ser imagen capturada del ambiente de vida, inerte y objetiva, que el sujeto espectador recibe y a partir de lo cual desencadena procesos cognitivos (reconocer el entorno, tomar referencias) y afectivos (desarrollar empatías) acerca de la ciudad de la cual se puede extraer una idea de paisaje como una conciencia colectiva del espacio urbano, sino una construcción relativa respecto de una circunstancia particular que privilegia ciertos intereses por sobre otros.

Nuevas posibilidades deducidas de experiencias espacio-temporales de la disyunción, cabría decir. Es por ello que propongo desplazar el eje desde el paisaje como imagen de la ciudad, a las imágenes del espacio público de una ciudad sin paisajes que la representan en su totalidad. Según Fracesc Muñoz, en la ciudad actual

[...] emerge una nueva categoría de paisajes definidos por su *aterritorialidad*: esto es paisajes independizados del lugar, que ni lo traducen ni son el resultado de sus características físicas, sociales y culturales, pasajes reducidos a sólo una de las capas de información que los configuran, la más inmediata y superficial: la imagen (MUÑOZ, 2010, p. 50).

Imágenes seductoras, simuladoras, anestésicas, en cualquier caso, leves, debido a la pérdida del valor de referencia de centralidad, que son incorporadas a un registro subjetivo del desplazamiento entre sitios distópicos o heterotópicos, que harán transitar al individuo por experiencias de bordes, de fronteras, de vacancias, de territorialidades múltiples. Estos sitios siempre han estado allí, pero cobran protagonismo en la experiencia de la ciudad actual puesto que generan una narrativa de lo descentrado. La vivencia y la manipulación de estas imágenes son parte de las tácticas del viandante urbano antes que a los imaginarios colectivos. Carecen de pretensión de universalidad,

pero no obstante son **devenires**. El devenir es un concepto de Deleuze que Esther Díaz lo explica así:

Un devenir no es una imitación de aquello que se deviene. No se deviene animal pareciéndose a un animal, sino capturándole el código a la animalidad, fugándose del territorio familiar y edípico de la cultura. Aunque en una primera etapa la filiación puede funcionar. Gregorio Samsa (el personaje del cuento de Franz Kafka "La metamorfosis") primero se transforma en cucaracha y luego, poco a poco, deviene cucaracha... Los devenires no se producen en la imaginación. Son perfectamente reales (DÍAZ, 2013).

Parafraseando a la autora, las imágenes de ciertos sitios (distópico, heterotópico) no son imágenes de un espacio público categórico sino que deviene público mediante una acción que le instituye tal carácter. Ejemplo de ello sería el caso de un proyecto de renovación urbana que pretende generar espacio público a partir de una vacancia o un proyecto de paisajismo que procura generar identidad transformando un ambiente anodino. En la ciudad distópica hay una quiebre de la intencionalidad. En todo caso, las actuaciones procuran generar oportunidades para **devenir público el espacio**, lo cual ocurrirá, continuando con la jerga de Deleuze, se constituya un **bloque de devenir**. Díaz continúa explicando de este modo:

El bloque de devenir no tiene otro sujeto que a sí mismo y es involuntario, simplemente acaece. La orquídea toma la forma de avispa hembra para atraer a la avispa macho. El insecto se posa sobre el vegetal con intención de fecundar y obviamente no logrará su cometido porque ella sigue siendo flor y él animal. Pero la orquídea reafirmó su potencia ya que el macho depositará polen en otra flor. La avispa no fecundó a ninguna hembra, pero posibilitó la fecundación vegetal. Se formó un bloque de devenir en el que a pesar de que ninguno dejó de ser quien era, hicieron máquina, algo que parecería que solo podrían hacer las personas (y únicamente en ciertas circunstancias) (DÍAZ, 2013).

La ciudad escindida, repito, no se explica desde la dialéctica centro-periferia de la ciudad industrial moderna ni desde las operaciones de sutura entre partes homogéneas que procuran recomponer un sentido de ciudad como totalidad. La fractura que implica la escisión supone partes en oposiciones no dialécticas, sin capacidad de reintegración en una totalidad. La escisión sobreviene toda vez que se pierden o debilitan los núcleos de sentido que permiten asociar formas materiales, prácticas sociales y significados culturales en la experiencia cotidiana de vida urbana.

Eso supondría continuidades físicas, actividades cohesivas y significados universales que se pondrían de manifiesto en la continuidad de los trazados, en las acciones sociales normalizadas y en una conciencia colectiva de la ciudad como un todo estructurado. Justamente, la fenomenología de la ciudad contemporánea presenta situaciones opuestas, apreciables los cada vez más frecuentes cercamientos, vallados y restricciones de uso del espacio físico (barrios cerrados, barrios exclusivos, equipamientos sofisticados). También en las prácticas sociales disruptivas, transgresivas, intempestivas o abusivas (marginación, estigmatización, *gentrification*, elitización) y en los significados segmentados entre grupos comunitarios antes que entre clases sociales. Estos desencuentros dan lugar a devenires en donde lo intempestivo, lo contingente y lo eventual prevalecen por sobre los procesos lineales de las determinaciones causales.

En la ciudad escindida no hay un espacio público o paisajes categóricos sino un devenir público de sitios urbanos y prácticas sociales. Para ello hay que reconocer en los sujetos urbanos su condición de practicantes tácticos de la ciudad que, en su deambular distópico, construye desde su subjetividad lo público. Dice Michel De Certeau:

A pesar de que siguen (los sujetos) dependiendo de las posibilidades ofrecidas por las circunstancias, estas tácticas

transversales [de los sujetos urbanos] no obedecen a la ley del lugar dado [puesto que] que no se definen o identifican con él. En este sentido, no son más localizables que las estrategias tecnocráticas (y escriturarias) que buscan crear espacios de conformidad con modelos abstractos. Pero lo que las distingue al mismo tiempo se refiere a los tipos de operaciones y al papel de los espacios donde estas estrategias producen, tabulan e imponen estos espacios, cuando estas operaciones toman lugar, en tanto que las tácticas solamente usan, manipulan y tergiversan estos espacios (DE CERTEAU, 1996, p. 36).

¿Qué ve, que entiende y qué valora este practicante táctico de la ciudad? Ve imágenes, un mundo de imágenes que oscilan entre lo discernible y lo indiscernible entre la seducción y el horror, entre lo previsible y lo intempestivo.

Neil Leach afirma que “la imagen en sí misma se ha convertido en una nueva realidad – o hiperrealidad – un mundo virtual flotando sobre el mundo real” (LEACH, 2001, p. 3). Si la realidad fuera una determinación histórica, la ciudad sería el espacio del conflicto social que expresa las contradicciones de la historia. Esta comprensión ya no es posible en la ciudad escindida puesto que en el presente no hay una realidad determinada sino una serie de presencias heteróclitas – entornos físicos, actividades humanas, narrativas e imaginarios – desagregados y descentrados. La sociedad **de la información, de los media, del consumo**, etc., pone en evidencia los descentramientos y se engaña pensando que en las tecnologías de la información y la comunicación, en la omnipresencia de los medios, en la naturalización del consumo haya alguna trascendencia sustantiva. Son imágenes de un imaginario del presente extendido en las sociedades. Imágenes que confunden.

En este punto es posible hacer una asociación entre el concepto de **simulacro** de Jean Baudrillard y la ciudad escindida en la medida en

que las relaciones estructurales del orden material, social y cultural pierden **estructuralidad**. En ese punto del juego sin fin de los discursos los hechos no representan certezas sino que carecen de referencias y configuran un mundo de imágenes ficcionales, un simulacro de lo real. **Hiperreal**, dice el autor, es el mundo que se reconstruye a partir de imágenes confiables que describen lo inexistente, un mundo de referencias sin referentes, de significantes sin significados (BAUDRILLARD, 1978).

CONCLUSIÓN

Paisaje y espacio público son tópicos recurrentes para la arquitectura que hace de los mismos sus temas de diseño. La arquitectura confiere forma a los espacios de la vida y al hacerlo define el espacio público y su imagen, tanto por acción (cuando estos temas son explícitos) o por omisión (cuando lo que se define es el espacio privado). El arquitecto es un sujeto urbano y como tal está igualmente atrapado por las contradicciones y las fragmentaciones, pero mucho más por las escisiones de la ciudad.

Al respecto, Neil Leach afirma que

[...] los arquitectos se han vuelto cada vez más obsesivos con las imágenes y con la producción de imágenes en detrimento de su profesión. Con ello inicia un texto crítico con el que denuncia que [...] con la estimulación inducida por estas imágenes se puede lograr un efecto narcótico que va en contra de la conciencia social y política, para agregar luego que en el intoxicante mundo de la imagen, [...] la estética de la arquitectura amenaza por convertirse en una a-estética de la arquitectura. El resultado [...] es una cultura de consumo irreflexivo, donde no hay más posibilidad de un discurso significativo, cultura en la cual la única estrategia efectiva es la de la seducción y el diseño arquitectónico es reducido a un juego superficial de formas vacías, pero seductiva (LEACH, 2001, p. viii).

La pregunta que corresponde ahora es acerca de las posibilidades de la arquitectura y como campo de conocimiento y como profesión en la ciudad escindida y en particular en la ciudad latinoamericana.

Como campo de profesión la arquitectura incluye en el diseño de la forma una cantidad de conocimientos procedentes de diversos campos. Lo hace de manera implícita y en ocasiones con la acción inadvertida de parte de los arquitectos. Pero la acción de los arquitectos, sobre todo cuando están involucrados en la construcción **de/en/para** el espacio público, es tan incisiva que debe ser permanentemente revisada en sus alcances.

En la ciudad escindida los discursos se multiplican, las formas se desagregan, las prácticas se vuelven tácticas y los significados difieren llevando el relativismo a un extremo de escepticismo por destinos comunes y superiores. El impacto de los macro-procesos del mundo **planetarizado** produce efectos intempestivos y paradójales que envuelven a los sujetos urbanos en un espacio-tiempo inestable.

En este estado de situación no hay paisajes nobles ni espacios públicos integradores. No obstante, el trabajo de estudiosos y proyectistas del paisaje es intenso pero no alcanza para superar la mera proliferación de imágenes que no producen identidades consistentes. Del mismo modo, los estudios urbanos y el trabajo de urbanistas se han incrementado notablemente, pero falta urbanidad. Un tiempo histórico en el sistema capitalísticos se naturaliza y lleva a los individuos a ser piezas de un juego estocástico, en el cual el sentido dado por centralidades ontológicas fuertes se debilita en la medida en que se banalizan los valores de la civilidad, es necesario pensar por el sentido.

Deleuze dice que el “[...] concepto, es una inteligibilidad que sólo adquiere su sentido por los afectos a los cuales está ligado en tanto que concepto [...] y los perceptos, los nuevos perceptos que nos da

(DELEUZE, 1994).⁶ No existe un concepto como algo previo que se verifica en la interrelación entre *urbs*, *civitas* y *polis* en ausencia de centralidades, propia de la ciudad escindida, sino que el concepto adviene en el devenir público de los hechos. Ese devenir no es lineal y por lo tanto no puede ser objeto de planificación. Pero sí puede integrar una agenda social, estar latente en la proyectualidad de los hechos, constituirse en el plano del deseo como si se tratara de una pulsión compartida en el seno de la multitud urbana.

En este punto, la arquitectura asume importancia por la posibilidad de contribuir no sólo a la definición física de la ciudad sino también a la dimensión simbólica, a la construcción de imaginarios de ciudad. Para ello puede proponer espacios, situaciones, ambientes urbanos que, tácticamente, aprovechen tensiones, contradicciones, fortalezas de lugares, dinámicas sociales en curso, para potenciar oportunidades de lo público. Para ello la arquitectura debe valerse de conocimientos de campos afines de la geografía, la antropología, la sociología, las ciencias de los materiales de una manera integrada y colaborativa.

Solá-Morales propuso el término **arquitectura débil** para referirse a una estética afín al **pensamiento débil** contemporáneo que parte de la no linealidad ni unicidad de la historia debido a la defeción de los sistemas de la modernidad. Esto le llevó a decir que “[...] la arquitectura contemporánea, igual que las demás artes, se encuentra

⁶ Deleuze (1983) dice “¿qué quiere decir el sentido, el sentido de una proposición? Para encontrar el sentido de una proposición [...] es necesario de entrada volver a un concepto [...] o hay que designar el concepto del cual ella depende, y enseguida, hay que descubrir dos cosas: ¿a qué afectos está ligado ese concepto? y ¿qué es lo que ese concepto me hace percibir?” El autor expresa que el concepto es la forma de lo verdadero que confronta con los perceptos y los afectos, siendo los afectos las representaciones que nos hacemos de las cosas y que son las que nos permiten ampliar las posibilidades de percibir. En la medida en que se activen afectos y perceptos el concepto se vuelve una “[...] inteligibilidad que sólo adquiere su sentido por los afectos a los cuales está ligado en tanto que concepto [...] y los perceptos que nos da. Cualquier concepto es inseparable de un afecto y de un percepto [...] o de muchos” (DELEUZE, 1994).

con la necesidad de construir sobre el aire, de construir en el vacío. Las propuestas del arte contemporáneo se deberán construir no a partir de una referencia inamovible, sino con la necesidad de proponer para cada paso, simultáneamente el objeto y su fundamento” (MORALES, 1996, p. 67).

En sintonía con esta necesidad de construir en el vacío de significados a priori, Roberto Masiero, citando a Jameson, dice que

[...] nos encontramos frente a una “mutación del espacio constructivo mismo”, a un hiperespacio respecto al cual aún no hemos madurado las capacidades perceptivas adecuadas, y que nos exige el desarrollo de “nuevos órganos, expandir nuestros sentidos o nuestro cuerpo a nuevas dimensiones hasta ahora inimaginables o, quizá, imposibles” (MASIERO, 2003, p. 277).

Agrega luego que

[...] el espacio asume otros significados, pierde su capacidad de ser un calibrador de lo existente, se hace –yo diría– “atópico”. La atopía, la desorientación empuja darwinianamente al nacimiento de nuevos órganos sensoriales, de nuevos procedimientos para identificar y hacerse identificar, a la construcción de nuevos mapas cognitivos (MASIERO, 2003, p. 277).

La demanda es pasar de producir linealmente la forma a provocar situaciones de formalización a partir de pequeñas inducciones, sabiendo que el sentido no lo dará el proyecto sino la proyectualidad inherente de las prácticas sociales y de los imaginarios que cada sociedad pueda darse de manera más o menos extendida.

Por lo tanto, propongo desarrollar una actitud expectante, producir en el vacío para dar lugar a que el sentido advenga. Estimular los **perceptos / afectos** para consolidar el concepto. La arquitectura debe trabajar junto o desde el Estado para que la ciudad recupere

posibilidades de rearticulación y pueda mitigar la escisión. Proyectar en la actualidad es construir la contemporaneidad mirando en la oscuridad. Retomando la cita inicial, no acuerdo ni me felicito por la ciudad escindida, pero no puedo dejar de observarla buscando en su oscuridad el sentido de lo contemporáneo. ○

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio. **Che cos'è il contemporaneo?** Roma: Nottetempo, 2008.
- ARENDT, Hannah. **La condición humana.** Barcelona: Paidós, 1993.
- ARROYO, Julio. **Espacio público: Entre afirmaciones y desplazamientos.** Santa Fe: Ediciones UNL, 2011.
- _____. Procesos extremos de las ciudades argentinas en las últimas décadas. *Cidade*, v. 9, n. 16, 2015. (No prelo.)
- BAUDRILLARD, Jean. **Cultura y simulacro.** Barcelona: Kairós, 1978.
- BENÉVOLO, Leonardo. **Historia de la arquitectura moderna.** Barcelona: G. Gili, 1971.
- BORON, Atilio A. **Imperio & Imperialismo: Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri.** Buenos Aires: CLACSO, 2002.
- CAPEL, Horacio. La definición de lo urbano. **Estudios Geográficos**, Madrid, v. 36, n. 138-139, p. 265-302, 1975.
- CASTELLS, Manuel. **La era de la información: Economía, sociedad y cultura.** Madrid: Alianza, 1998.
- CASULLO, Nicolás. **El debate Modernidad-Posmodernidad.** Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1993.
- COLLADO, A. **Modernización urbana en ciudades provincianas de Argentina; teorías, modelos y prácticas (1887-1945).** 2008. Tesis doctoral — Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, Sevilla, 2008.
- DE CERTEAU, Michel. **La invención de lo cotidiano.** I. Artes de hacer. México, DF: Universidad Iberoamericana, 1996.
- DELGADO, Manuel. **El espacio público como ideología.** Madrid: Catarata, 2011.
- DELEUZE, Gilles. **La imagen-movimiento.** Estudios sobre cine 1 y 2. Barcelona, 1994. Disponible em: < <http://www.webdeleuze.com/>>. Acceso em: nov. 2014.
- DELEUZE, Gilles; GUATTARI, Felix. **Mil Mesetas.** Capitalismo y esquizofrenia. Valencia: Pre-textos, 1997.
- DERRIDA, Jacques. **La escritura y la diferencia.** Barcelona: Anthropos, 1989.
- DÍAZ, Esther. Nietzsche-Deleuze o del devenir animal. En: CRAGNOLINI, M. (Comp.) **Entre Nietzsche y Derrida: vida, muerte, sobrevida.** Buenos Aires: La Cebra, 2013.
- FERNÁNDEZ, Roberto. **El laboratorio americano: arquitectura, geocultura y regionalismo.** Madrid: Biblioteca Nueva, 1998.
- FOLLARI, Roberto. **Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina.** Buenos Aires: Rei Argentina; Instituto de Estudios y Acción Social; Aique, 1990.
- FOUCAULT, Michel. Des espace autres. **Architecture, Mouvement, Continuité**, Paris, n. 5, p. 46-49, 1984.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. **Latinoamericanos buscando lugar en este siglo.** Buenos Aires: Paidós, 2002.
- GELADO MARCOS, R. La multitud según Hardt y Negri: ¿ilusión o realidad? **Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas**, Medellín, v. 39, n. 110, p. 15-31, 2009.
- HABERMAS, Jürgen. **Historia y crítica de la opinión pública.** México: G. Gili, 1986.
- HARDT, Michel; NEGRI, Antonio. **Imperio.** Buenos Aires: Paidós, 2002.

Paisaje y espacio público: una lectura desde America Latina
Julio Arroyo

HARVEY, David. **La condición de la posmodernidad**. Buenos Aires: Amorrourto, 1998.

HOLZER, Werther. A Geografia Humanista: uma revisão. **Espaço e Cultura**, Rio de Janeiro, Edição Comemorativa 1993-2008, p. 137-147, 2008.

JAMESON, Fredric. **El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío**. Barcelona: Paidós, 1995.

KRIER, Rob. **El espacio urbano**. Barcelona: G. Gili, 1981.

LARVAL, Christian; DARDOT, Pierre. **La nueva razón del mundo**: Ensayo sobre la sociedad neoliberal. Barcelona: Gedisa, 2010.

LASH, Scott; URRY, John. **Economies of signs and space**. Londres: Sage, 1994.

LEACH, Neil. **La an-estética de la arquitectura**. Barcelona: G. Gili, 2001.

_____. **Rethinking architecture**: A reader in cultural theory. Londres: Routledge, 1997.

LYNCH, Kevin. **La imagen de la ciudad**. Buenos Aires: Infinito, 1986 [1960].

LYOTARD, Jean-François. **La condición postmoderna**: Informe sobre el saber. Madrid: Cátedra, 1986.

MARANDOLA JR., Eduardo. Fenomenologia e pós-fenomenologia: alternâncias e projeções do fazer geográfico humanista na geografia contemporânea. **Geograficidade**, Niterói, v. 3, n. 2, p. 49-64, Inverno 2013.

MASIERO, Roberto. **Estética de la Arquitectura**. Madrid: Machado Libros, 2003.

MUMFORD, Lewis. **La ciudad en la historia**. Buenos Aires: Infinito, 1979.

MUÑOZ, Francesc U. **Urbanización**: Paisajes comunes, lugares globales. Barcelona: G. Gili, 2010.

NORBERG-SCHULZ, Christian. **Existencia, espacio y arquitectura**. Barcelona: Blume, 1978.

ROSSI, Aldo. **La arquitectura de la ciudad**. Barcelona: G. Gili, 1979 [1966].

SOLÀ-MORALES, Ignasi de. **Diferencia**: topografía de la arquitectura contemporánea. Barcelona: G. Gili, 1996.

Submetido em Outubro de 2014.

Aceito em Novembro de 2014.